

GRAN EXPOSICION MIRO EN PARIS

LA poesía, escribe Antonin Artaud, «que devuelve el orden, resucita primero el desorden, el desorden de los aspectos inflamados; hace que se entrecorran aspectos que reduce a un punto único: fuego, gesto, sangre, grito». Esto ocurre incluso en algún caso, como el de Miró, en que la poesía se nos presenta a veces bajo un aspecto amable y encantador. El drama, de pronto, estalla. El propio Miró lo ha venido a decir

por el Ministerio francés de Asuntos Culturales, se reúne una extraordinaria selección de pintura, escultura, cerámica y tapiz, que abarca todas las épocas de su producción, mientras que en el Musée d'Art Moderne de la Ville de Paris se exhibe su obra gráfica. Esta exposición, por su amplitud e importancia, sólo tiene comparación con la de Picasso, que se celebró en el propio Grand Palais y otras dependencias entre 1965 y 1966. Dos artis-

que ha estado todo un año trabajando para que esta exposición sea tanto una visión retrospectiva como un panorama de su fecunda producción actual. Vemos así que las 231 pinturas se reparten, aproximadamente mitad por mitad, entre lo «histórico» y el

momento presente. El espectador, al entrar en el Grand Palais, lo primero que encuentra es la obra más reciente. Arte, por otro lado, muy diverso, fruto de una inquietud sorprendente. Grandes lienzos llenos de una pintura explosiva, de una poesía inflamada;

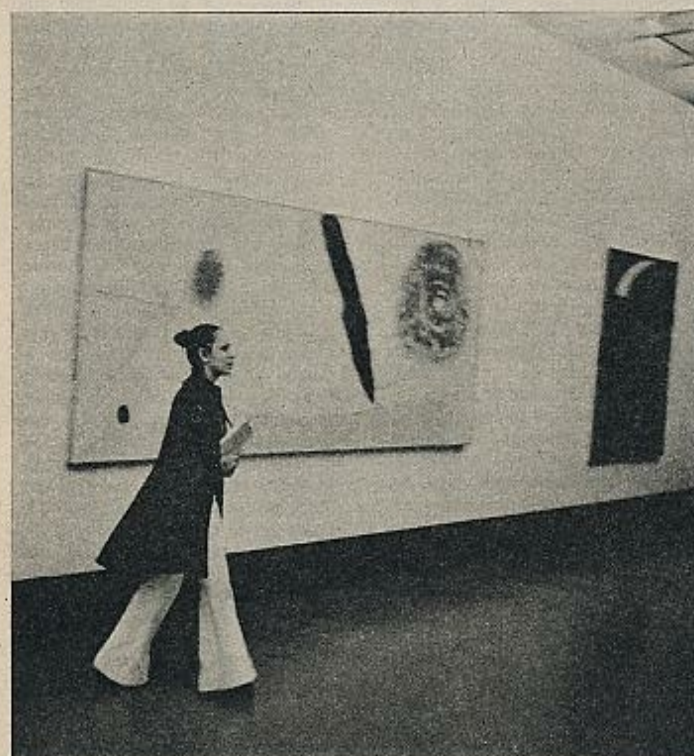
José Corredor-Matheos

hace pocos días en una entrevista: «Mi pintura puede ser considerada como humorística y alegre, cuando yo soy trágico». No se trata en el fondo de una contradicción irreconciliable, sino que el artista es capaz de descubrir esos dos rostros distintos de la única realidad.

Ahora, Miró nos da ocasión para meditar sobre todo ello, al tiempo que de gozar con su obra incomparable, gracias a la doble exposición que se acaba de inaugurar en París. Por una parte, en el Grand Palais, organizada

tas universales que, al mismo tiempo, han permanecido en todo momento nuestros. Una satisfacción para los pueblos de esta compleja Iberia, a la vez que un motivo de tristeza, ya que, por una razón u otra, han quedado marginados de una vida pública que se las arregla para desembarazarse de sus mejores hombres. Pero, decía, Miró está siendo ahora homenajeado con carácter universal por el Gobierno francés. Y este homenaje no es al artista que ha cerrado el círculo de su obra, sino a un octogenario

«Personnage lançant une pierre à un oiseau», Miró.





Miró contempla una de sus esculturas, en el Grand Palais. A su derecha, el ex ministro de Cultura, Peyrefitte.

el colorismo último, este tenso y dramático juego actual... La pintura, a Miró, le ha bastado para expresarse, y, a la vez, no le ha bastado. Con frecuencia, sus pinturas se salen del cuadro, y el cuadro se convierte en otra cosa.

La escultura, continuadora de los «objetos», que irrumpió tardíamente en el ámbito de Miró, ha crecido enormemente en los últimos años. Encontramos formas serenas y monumentales, como los famosos «Pájaro solar» y «Pájaro lunar», pero podemos advertir, a través de sus desarrollos, que lo que hoy inquieta a Miró es más descarnado y dramático: nos lo corroboran esas formas de objetos ampliados a gran tamaño, que nos hacen ver mejor un fragmento cualquiera de la realidad más próxima, y las construcciones, monumentales también, hechas con puertas viejas que constituyen testimonios ▶

cuadros quemados, con el bastidor sujetando unos jirones manchados de pintura; otros lienzos, con negros chorreones que ensombrecen colores que habrían sido alegres, y también formas y colores que nos recuerdan el mundo un tiempo más característico de Miró: el paraíso perdido del color.

La pintura es la parte más divulgada de la obra mironiana. A pesar de todo, incluso el conocedor descubre sorpresas en esta exposición. Pero además está el hecho de que ésta abarque el mayor número de obras reunidas hasta ahora. Están las primeras pinturas —que estuvieron tan bien representadas en la gran exposición del hospital de la Santa Cruz, de Barcelona— y cuadros clave, como el «Carnaval del arlequín» (1924-1925) y el «Interior holandés I» (1928), las formas tan próximas a la abstracción de comienzos de los años treinta, las angustiadas figuras contemporáneas de nuestra guerra civil, la serie de «Las constelaciones», tan felices y deliciosas, producidas en plena guerra mundial, y tantos lienzos posteriores: mágicos, iluminados, o con predominio luego del negro,

«Dialogue d'insectes».



Lectric Shave de Williams.

Porque los pelos de su barba no se levantan con Ud.

Durante la noche los poros de su piel se dilatan.

Por la mañana, cuando usted se levanta, los pelos de su barba duermen todavía en el interior del poro abierto.



Por eso, si usted escoge ese momento para afeitarse, su máquina eléctrica cortará sólo parcialmente su barba.

Para conseguir un afeitado a primera hora de la mañana que dure todo el día, la única solución es usar Lectric Shave de Williams.

Lectric Shave cierra los poros al instante obligando a los pelos a salir y enderezarse para que su afeitadora pueda cortarlos de raíz.



Lectric Shave lubrica también la piel para que su máquina se deslice rápida y cómodamente sin irritar el cutis.

Además su acción suavizante se prolonga durante horas protegiendo la piel de los agentes atmosféricos.

No importa cual sea la marca o la antigüedad de su máquina de afeitar.



Utilice Lectric Shave y conseguirá afeitados más agradables.

Y mucho más duraderos.

Su máquina eléctrica, bien merece otra oportunidad.



Lectric Shave.
de Williams
Para antes del afeitado.

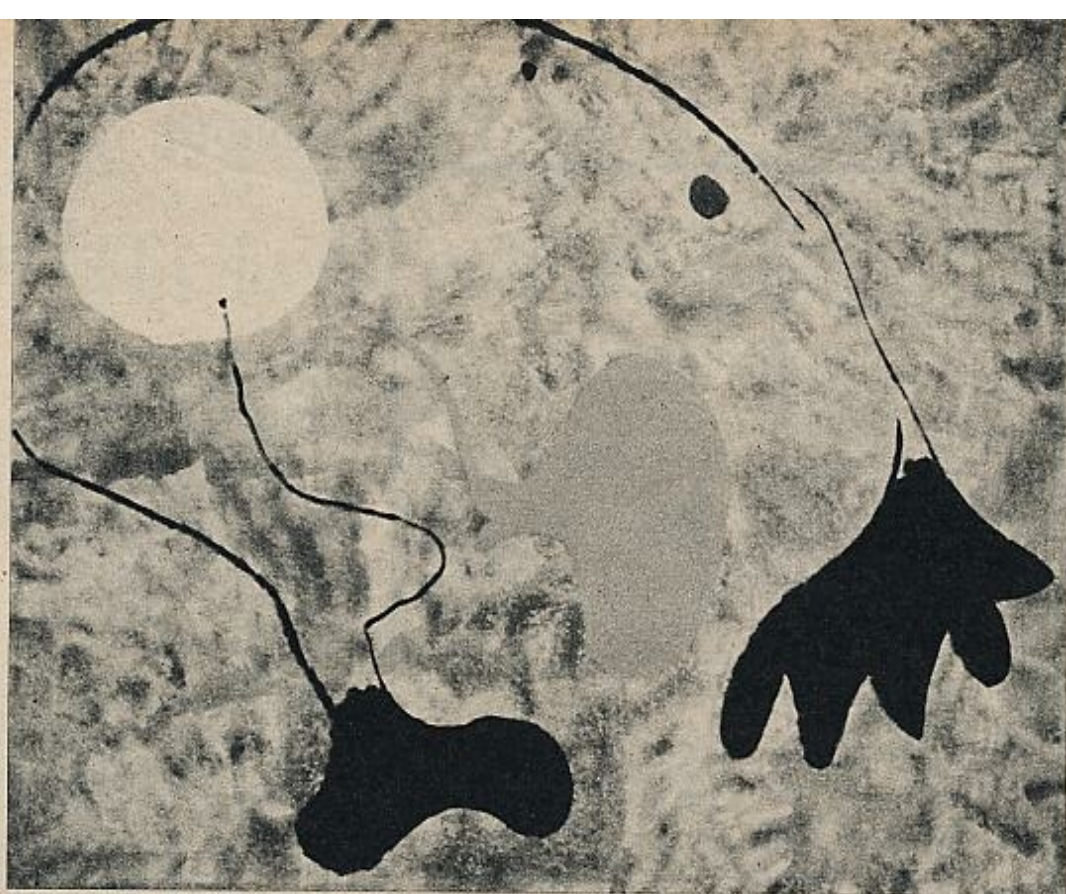


MIRO

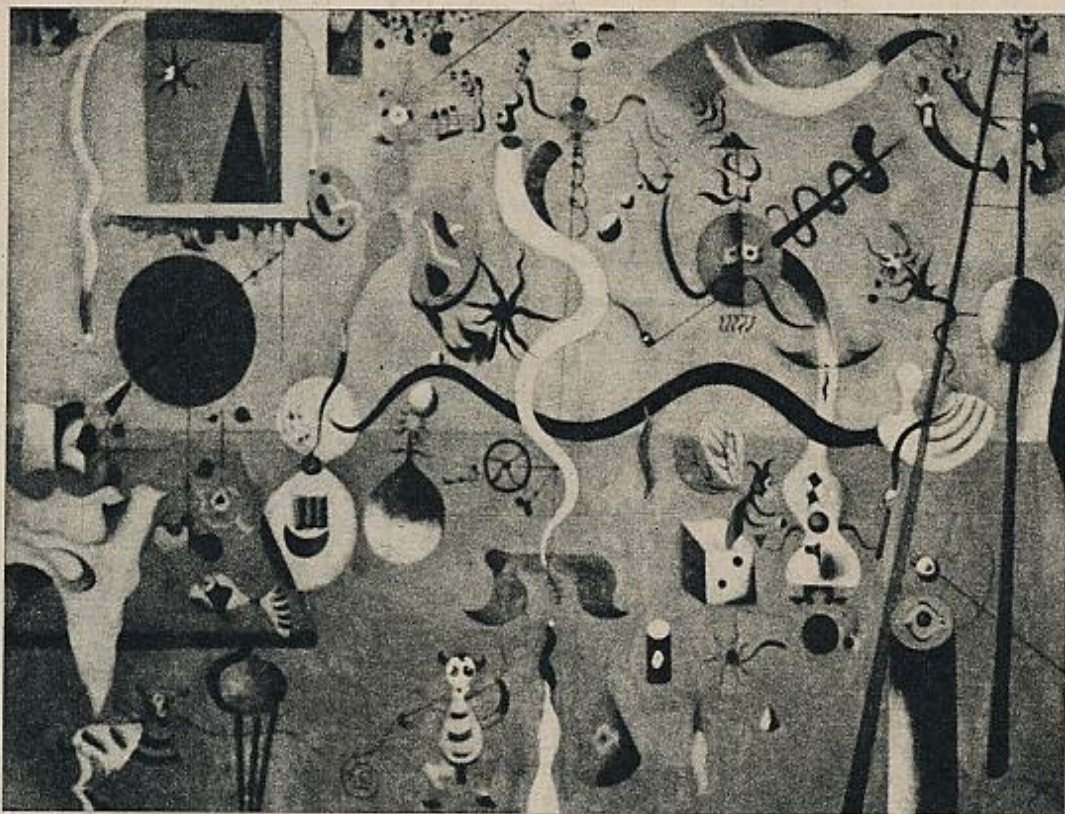
de vida «para la muerte». La calidad rugosa, atormentada, la imagen cotidiana sacada de su contexto y revelada en su misterio, esto es lo que más nos llama la atención en todas estas obras. Como contraste volvemos a encontrar obras equilibradas y de tersa superficie, como el «Personaje», de 1971, en resina sintética pintada. Parece como si Miró no pudiera renunciar a nada: ha de abarcarlo todo, hacerlo suyo, dejándolo precisamente... tal como es. Por eso, observemos que lo que le es ajeno es la visión perfeccionista de la realidad tal como la podían tener los renacentistas; Miró no pretende «mejorar» la Naturaleza, sino identificarse con ella y hacerse intérprete suyo. Esta es quizá la razón de que su obra tenga esta fuerza que viene de la Naturaleza misma, este misterio y esta atracción hacia las cosas que nos invitan a que dejemos en cierto modo de ser nosotros mismos, lo cual produce resistencia en espíritus apegados a la vieja cultura occidental, contra la cual, ciertamente, Miró se revuelve.

Una de las salas más sugestivas es la dedicada a la cerámica, realizada en colaboración con J. Llorens Artigas. La cerámica ha sido precisamente la técnica que, con el tiempo, ha llevado a Miró a la escultura. Pero antes que los personajes, las diosas de la fecundidad y las misteriosas arquitecturas, los dos artistas catalanes dedicaron una larga atención a las formas del torno, y también a otras, como fragmentos de una mufla y placas. Ahora, reunidas cincuenta de estas piezas en el Grand Palais, nos hablan, con su lenguaje constantemente roto, de un mundo riquísimo próximo a popular, pero que asume el riesgo —mortal— del artista de hoy.

Capítulo también importante es el dedicado al tapiz, otra vieja técnica que Miró no ha querido dejar fuera de su obra. Son varias las experiencias textiles que podemos contemplar. Unas veces juega con trapos, que mancha de la manera más desconsiderada —sí, Miró atormenta amorosamente las cosas; podríamos decir que las posee con la violencia que se oculta debajo de



Miró no pretende «mejorar» la Naturaleza, sino identificarse con ella y hacerse intérprete suyo.



«Carnaval d'Arlequin», 1924-25.

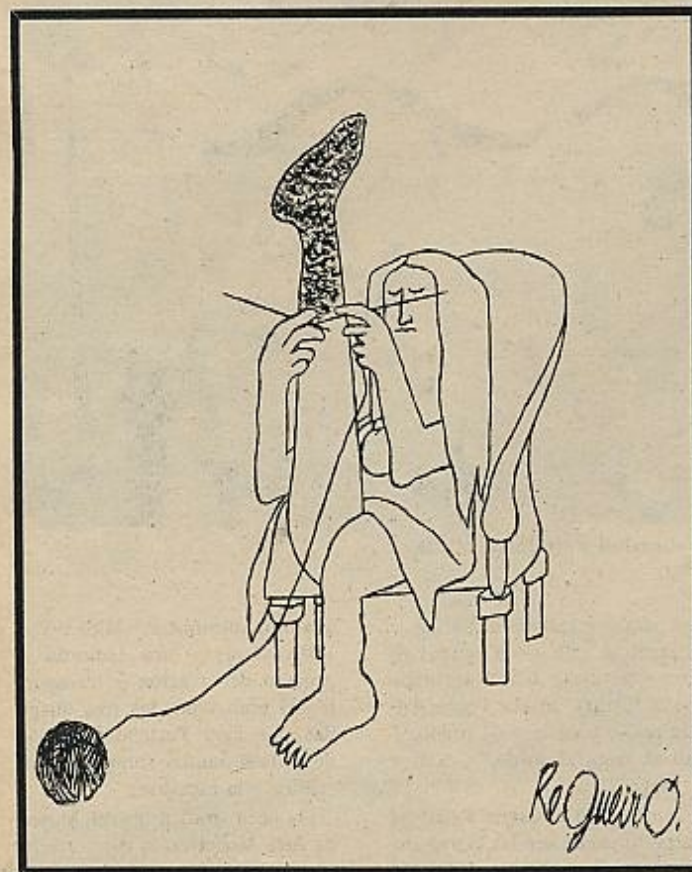
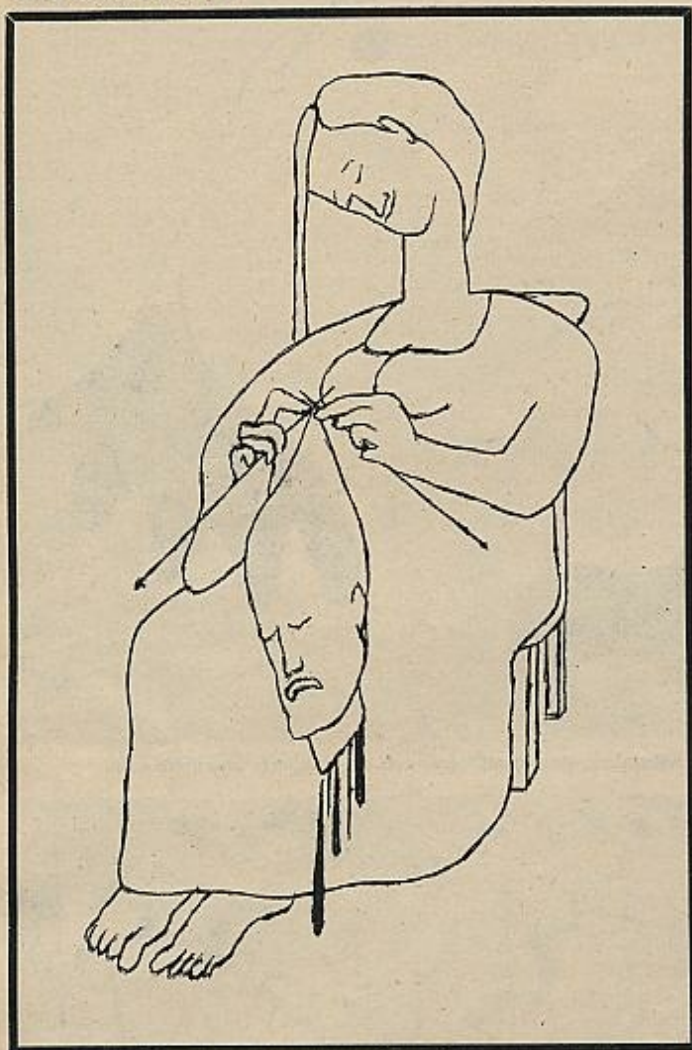
su timidez—, y otras, crea verdaderos tejidos, tapices, que prolongan antiquísimas tradiciones, con una ruptura que lleva esta técnica a sus límites expresivos. Para ello cuenta Miró con la colaboración de Josep Royo, extraordinaria revelación de este arte. La muestra más reveladora es ese enorme tapiz —cuatro tonela-

das pesa— instalado al fondo de la primera sala —«la obra más impresionante», ha comentado Pierre Mazars en «Le Figaro Littéraire», y en el cual predominan el rojo, el verde, el azul y el negro.

También en el Grand Palais el visitante puede ver las proyecciones de varias películas dedicadas

a la obra mironiana: «Miró 1937», «Miró Otro» y otra dedicada al proceso de creación y transporte del gran tapiz, las tres dirigidas por Pere Portabella, y dos de Carles Santos sobre la obra gráfica y la escultura.

Su obra gráfica, en el Museo de Arte Moderno, es extraordinariamente amplia: 632 obras apa-



MIRO

recen reseñadas en el catálogo, y se trata tan sólo de una selección. Las técnicas son diversas: litografías, aguafuertes, puntascas, aguatinas; en obras independientes o en series, ilustraciones y portadas de libros, carteles... Un conjunto extraordinario y vasto, cuya lectura es abordada con originalidad y gran conocimiento por Alexandre Cirici en la presentación del catálogo.

El día 17 por la mañana fue inaugurada oficialmente la exposición del Grand Palais —la de la obra grabada lo sería el 21—, con asistencia del ministro francés de Asuntos Culturales, Alain Peyrefitte, en el que sería seguramente su último acto oficial. Por la noche se celebró una cena en homenaje a Miró, en el Moulin de la Galette, a la que acudieron artistas, críticos, directores

de museos y otras personalidades del mundo del arte de todo el mundo. A pesar de esta amplia afluencia, la representación venida de la Península —especialmente de Cataluña— era, con mucho, la más numerosa. Se bailaron sardanas y cantó Raimon. Fue una gran fiesta en todo mironiana —manteles, servilletas y pan, con decoraciones y formas realizadas por su amigo Calder—, digna en todo de Miró, que asistía con su discreción habitual, un poco cansado, sin duda, de tanto ajetreo, satisfecho también en un momento —el de esta doble exposición— que supone la culminación del reconocimiento de su obra de gran artista que ha creado un nuevo lenguaje y un universo, que es el de todos, visto con ojos sencillos y penetrantes. ■ J. C.M.



Miró, en el Grand Palais, con Peyrefitte y Maeght.